

PUBLICACIÓN MENSUAL

CRONISTA MUNICIPAL

# 18 DE JULIO

H. AYUNTAMIENTO DE JOJUTLA MORELOS 2019-2021



Nº18 AGOSTO-  
SEPTIEMBRE 2020

## OTORGAN PRESEA “PUÑO Y FUERZA”



A tres años del trágico 19/S el H. Ayuntamiento reconoce a quienes de manera diferente aportan valiosos esfuerzos para que la reconstrucción de Jojutla no se detenga. La autora de la estatuilla es la escultora Alejandra Zermeño Pérez.

**ANA JIMÉNEZ Y GRISELDA CONTRERAS**  
COMISIÓN CIUDADANA DE DAMNIFICADOS

**ADELA LILIBETH RAMÍREZ HERNÁNDEZ**  
GRUPO DE AYUDA AL TRUISTA

**ERNESTO ALONSO FUENTES**  
CONSEJO ESTATAL DE ORGANIZACIONES A.C.

**MIGUEL ALCALÁ MARTÍN DE CAMPO**  
PROTECCIÓN Y ALARMAS PRIVADAS





# FRUTOS COMERCIALIZADOS EN JOJUTLA EN 1895

Azael Abdí Vázquez Román

Bajo el título de “Carpología Mexicana”, se publicó en 1895 el Directorio General Sobre la Producción de Frutas de las Municipalidades del País. La obra fue compilada por el Observatorio Meteorológico Magnético Central (OMMC), bajo órdenes de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria federal. Este documento fue parte de las acciones que el gobierno porfirista emprendió para el fortalecimiento de la economía mexicana, como parte de su tan famoso “Orden y Progreso”; sin embargo, estaba dirigido a los productores y comerciantes de frutas, lo que significaba que su destino era un sector favorecido de la población, por lo que pocas personas debieron tener acceso al Directorio.

El Directorio se compiló a partir de cuestionarios enviados a los gobiernos estatales, quienes remitieron las respuestas al OMMC. De parte del OMMC, trabajaron en la obra los ingenieros Miguel Pérez, José Torres, Francisco Quiroga, Rafael Aguilar, Ángel Robelo y Toribio Guevara; con la asesoría botánica de los doctores Manuel Villada y Manuel Urbina de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

La Carpología se puede definir como la disciplina botánica que se encarga del estudio de los árboles y sus frutos. En este sentido, el Directorio que nos ocupa es un catálogo amplio con datos de las frutas que se comercializaban en todas las municipalidades de la república mexicana. Las dimensiones de este, vistas con relación a la época en que fue escrito, deja ver que no está exento de errores o informa-



Árbol y fruto de copalcojote o chupandillo. Cerro del Tepiolo, Tlaquiltenango.

ción confusa, aunque esto no quiere decir, por ningún motivo, que deje de ser una fuente confiable. Es bien sabido, que la economía jojutlense a finales del siglo XIX se movía en torno al cultivo e industrialización del arroz y la caña de azúcar, gracias a la gran cantidad de molinos, trapiches y haciendas ubicadas en la región, por lo que el estudio de la comercialización de los frutos en esta zona toma importancia al ser un tema poco abordado.

Cabe decir que de las más de cien frutas que integran al catálogo, Jojutla sólo producía dieciocho, y de estas, sólo comercializaba dieciséis en el mercado del pueblo. Esto puede explicarse porque debió existir una producción grande de frutos locales o criollos que permitían el autoconsumo de las familias; o bien, un intercambio interno en dinero o en especie (trueque) que no llega-

ba a los mercados. Los dos frutos que producía, pero no vendía, eran comercializados en otras ciudades. Según el Directorio, Jojutla no vendía frutos que se producían en otros sitios.

Comencemos hablando de la mora negra (*morusrubra*), que era cosechada en Jojutla, pero vendida en el mercado de San Ángel en la Ciudad de México, a un precio de dieciocho centavos por arroba. El catálogo no reporta valor de la venta anual.

El plátano chico (*musa*) era vendido todo el año en el mercado jojutlense, a un precio de tres centavos por docena, y una venta anual con valor aproximado de cuatro pesos.

El limón agrio (*citrus limonium*) era vendido durante los meses de enero a agosto, a un precio de cuatro centavos por docena, con una venta anual de veinticinco pesos.



El timbiriche (charatas plumieri), era comercializado en los meses febrero y marzo. El Directorio no registra precios de venta, lo que puede deberse a falta de información, o bien, a que su precio se fijaba a partir del intercambio con otros productos.

La anona y el guamúchil se vendían entre los meses de febrero y abril. La anona (anona glabra) a un precio de un peso con veinticinco centavos por cada ciento, y una venta anual de veinte pesos, además se vendía en los mercados de Cuernavaca y Yecapixtla.

El guamúchil (phitecolobium dulce), por su parte, se vendía a un precio de tres centavos por cuartillo, con una venta anual de tres pesos. La sandía y el tamarindo se vendían en los meses de marzo y abril. La sandía (citrullus vulgaris) se vendía a un precio de cuatro pesos la carga, con una venta anual de mil pesos lo que significaba uno de los ingresos más importantes a la región; además, se vendía en el mercado de Cuernavaca.

El tamarindo (tamarindus occidentalis), se vendía a un precio de tres centavos por cuartillo, con una venta anual aproximada de ocho pesos. El melón blanco, se vendía entre los meses de marzo y mayo. Su precio era de tres pesos con cincuenta centavos por carga, y tenía una venta anual de dos mil pesos, la más importante por frutos en la región. Además, se vendía en los mercados de Ocuituco y San Ángel, Ciudad de México.

La ciruela roja (spondeas purpurea), se vendía en los meses de abril y mayo con un precio de seis centavos por cuartillo y una venta anual de tres pesos. La vaina de mezquite (prosopis juliflora) se comercializaba en el mes de mayo. Tampoco

registra precios de venta, puede ser por razones similares al timbiriche. El mango común (mangifera indica) se vendía entre los meses de junio y agosto. Su precio era de tres centavos por docena, con una venta anual de diez pesos.

El aguacate grande y la guayaba colorada se vendían entre los meses de junio y septiembre. El aguacate grande, tenía un precio de veinticinco centavos por cada ciento, con una venta anual de dieciséis pesos. La guayaba colorada tenía un precio de tres centavos por cuartillo, con una venta anual de tres pesos.

El copalcojote (cyrtocarpa proce-  
ra) es conocido como chupandillo, se comercializaba en los meses de agosto y septiembre. Tampoco registra precios de venta, quizás por lo común del fruto que se da en un árbol endémico de los cerros de la región.

La cidra (citrus medica), se vendía en los meses de octubre y noviembre. No hay registro de que esta fruta se vendiera en Jojutla, pero sí se comercializaba en Tlaquiltenco y Tlaltizapán, procedente de Jojutla. También, era vendida en Cuautempan, Puebla, a un precio de cincuenta centavos por cada ciento, y una venta anual de diez pesos.

La naranja dulce (citrus aurantium), se vendía entre los meses de noviembre y enero, a un precio de tres centavos por docena, y una venta anual de cinco pesos.

Por último, está la papaya (carica papaya), que se vendía a un precio de dieciocho centavos por docena, con una venta anual de tres pesos, entre los meses de noviembre y abril.

#### DIRECTORIO:

Lic. Juan Ángel Flores Bustamante  
**Presidente Municipal**

C. Bertha Gómez Ocampo  
**Síndico Municipal**

#### Regidores:

C. Alejandro Peña Ojeda

C. Carlos Salgado Olvera

C. José de Jesús Pedroza Bautista

C. Carlos Alberto Brito Ocampo

C. Daniel Dircio Sánchez

Oscar Julián Vences Camacho  
**Cronista Municipal**

Nora Celia Domínguez Maldonado  
**Dirección de Comunicación Social**

Israel Rafael Hernández  
**Coordinador de Diseño e Identidad Institucional**



# EMILIA AURORA SOSA MARÍN

Emmanuel Espín

Nació el 7 de enero de 1944 en Santiago Mitepec en el municipio de Jolalpan, Puebla en los límites con Morelos y Guerrero. Fue hija primogénita del matrimonio de José Sosa Ortiz y María Marín Casareal, tuvo nueve hermanos más.

En su infancia Emilia era muy apegada a su padre, lo acompañaba a las labores del campo y a cuidar del ganado. En temporada de lluvias, por el mes de mayo, con su familia se apartaban del pueblo y de su casa para irse a vivir a donde tenían su milpa.

Emilia Aurora sólo estudió el primer año de primaria, las necesidades familiares le impidieron aprender a leer, pero con el paso de los años y la experiencia logró ser una mujer reflexiva, gustaba de los textos, los de Juan Rulfo, Gorki, García Márquez, Carlos Fuentes fueron sus predilectos.

Emilia tuvo dos hijos: Raymundo Salgado Sosa y Vicente Parra Sosa, antes de ser compañera inseparable del guerrillero jaramillista Félix Serdán Nájera, con quien fundó en su propio hogar en Tehuixtla el centro cultural “Rubén Jaramillo” en el # 50 de la calle Tulipanes de la colonia la Azuchilera.

En sus memorias don Félix dejó dicho que se conocieron en Mitepec: “...desde que la vi me gustó mucho, su fisonomía, su semblante, llevaba una bata que le caía bien... Estaba con otras cuatro señoras, ofrecí refrescos y ella fue la única que lo aceptó... desde ese momento quedé capturado, aunque tuve que hacer labor de conquista.”



Emilia Aurora Sosa Marín

Se casaron civilmente en Mitepec el 17 de febrero de 1978, donde antes don Félix le había construido una bonita casa de palma y desde aquel día se hicieron inseparables. El primer libro que reflexionó doña Emilia fue “Los jaramillistas” de Renato Ravelo y el segundo que la marcó grandemente fue la nove-

la “Las Heroínas” que la inspiró a pensar en la lucha de las mujeres como causa propia.

En alguna ocasión doña Emilia Sosa llegó a declarar que “Aunque lo conocí (a Félix Serdán) así en la revoltura, no me imaginaba realmente hasta qué grado llegaría a meterme yo también junto con él.”



Y es que doña Emilia siempre con su semblante ameno y lleno de esperanza, fue serena y prudente, quizá por ello muchas personas la describieron como callada y reservada. Era una mujer sencilla y de trato afable, siempre comprometida con las causas sociales, en todo momento pensaba y luchaba por el bien del pueblo. Por ello simpatizó con los ideales de Rubén Jaramillo y con los del EZLN, además por supuesto con los de Félix Serdán pues además de haber sido su compañera, fue quien más creía y motivaba al guerrillero.

Doña Emilia conoció al subcomandante Marcos en la lucha social en Chiapas en el año 1996 mientras organizaban la convención nacional democrática y tuvo varios encuentros posteriores durante la caravana nacional. Cuando falleció don Félix Serdán el EZLN le dirigió una carta pública muy sentida donde le decían: "Acá recordamos la mirada tierna y firme de Don Félix, pero también la presencia de usted. Como si en ambos se completara el andar. Por eso le decimos que nos duele la ausencia de él. Pero también nos duele el do-

lor que ahora duele en su corazón, Doña Emilia".

Como revolucionaria, Emilia fue valiente y nunca claudicó en los momentos más difíciles de la lucha y de la vida, fue una madre modesta y amorosa, pura dulzura, se hizo amiga de su hijo y querer por la gente del pueblo e incluso le decían cordialmente "abuelita". En la cocina le gustaba innovar hasta conseguir nuevos sabores.

Preocupada por la ecología doña Emilia también fue gestora de proyectos de compostaje y reciclaje, en alguna ocasión también actuó en representaciones teatrales para concientizar a los niños sobre el amor y cuidado que debemos de tener con nuestra madre la tierra y el agua. Doña Emilia manifestó siempre su preocupación por el pueblo, estaba convencida que si la comunidad no cambiaba todo seguiría igual y veía en los niños el futuro de la patria.

Fue para Félix Serdán como su ángel guardián, fue su guardaespaldas, pues en ocasiones tuvo que llevar en su morral la 22 o la 38

súper, por la situación tan complicada en la que vivían.

La salud de Emilia comenzó a mermar desde que falleció don Félix Serdán, ya no era la misma, entristeció y empezó a enfermarse muy seguido. Tras una enfermedad pulmonar que fue empeorando con el paso de los años, falleció el domingo 22 de abril de 2019 en su hogar y fue sepultada en el panteón ejidal de la comunidad de Tehuixtla a la edad de los 75 años.

La gente llegaba al domicilio y preguntaba por los rezos, pero esa no fue la voluntad de la difunta. "Hay mijo no te compliques la vida, cuando se apaga la luz, se apaga y no hay más. Y lo que más lamento es no poder continuar en la lucha como yo quisiera" le dijo en agonía a su hijo Vicente.

Vicente nació en Mitepec el 22 de enero de 1969 es hijo de doña Emilia y de Lucio Parra Ariza su padre biológico, actualmente vive en Tehuixtla y está al frente del centro cultural Rubén Jaramillo en esta comunidad morelense.



# “LOS CÓDIGOS”: CELEDONIO Y RICARDO ROSAS DÍAZ

Julián Vences

A propósito del relato sobre el jaramillista Pedro García Velázquez la C. P. Martha Ruíz García reveló lo siguiente:

“Mi madre, Juana García Rosas era prima del tío Pedro García Velázquez; de niños se quisieron mucho, pero por cosas del destino se dejaron de ver por muchos años.

“Mi abuelo materno Román García Ortega murió antes de que naciera mi madre. Él tocaba la trompeta en

la banda de viento de Tlatenchi y mi mamá creyó que la boquilla del instrumento causó su muerte por ser corriente y estar contaminada. La abuela Luisa murió cuando mi mamá tenía tres años y pasado el tiempo le dijeron que tuvo mucha tos. Juana, mi mamá, murió de Fibrosis Pulmonar Ideopática; mi mamá pensó que de mi abuela heredó la enfermedad y tal vez sí, porque yo también estoy luchando contra ese mal. A los tres años de edad

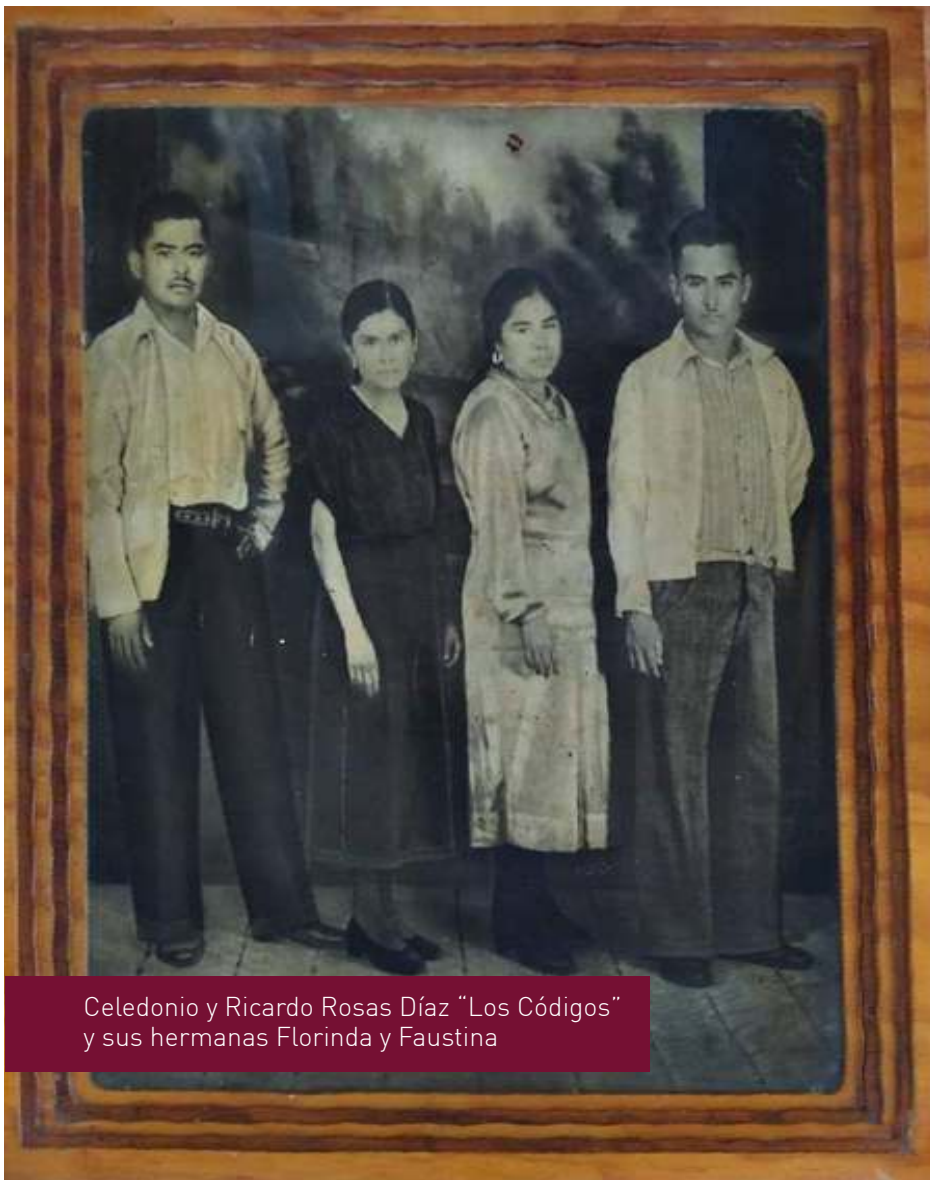


Juana García Rosas, sobrina de “Los Códigos” y de Pedro García V.

quedó huérfana de padre y madre y a los siete la llevaron a vivir a casa del tío Celedonio.

“Celedonio, de manera autodidacta estudiaba las leyes e incluso citaba literalmente artículos completos, sobre todo los referidos a cuestiones agrarias y usufructo de aguas de riego. En toda asamblea o reunión entre amigos Celedonio siempre sacaba a relucir algo referente a cuestiones legales, por eso le apodaron “El Código” y, de paso, hasta su hermano Ricardo compartió el mote.

“La animadversión con los Velázquez (jaramillistas de hueso colorado) se debía a varias razones. Una era porque las autoridades agrarias, cuando venían a realizar una inspección, un deslinde o a presidir una asamblea, llegaban buscando a “El Código” Celedonio y no a los Velázquez (Celso, José o Alejandro)



Celedonio y Ricardo Rosas Díaz “Los Códigos” y sus hermanas Florinda y Faustina



los que además de ser pudientes económicamente también eran ayudantes municipales o comisariados ejidales, es decir, tenían a la mayoría de la población de su parte. “Los Códigos” y los Velázquez aprovechaban cualquier pretexto para perjudicarse, por ejemplo, se disputaban el tandeo del agua y en las noches se bloqueaban las compuertas. En época de las cosechas los Velázquez pagaban más a sus peones con tal de que “Los Códigos” no pudieran levantar a tiempo su frijol o maíz o arroz.

“Mi madre quedó en medio del conflicto a muerte entre los Velázquez y los Rosas; Luisa, mi abuela, era hermana de Celedonio y Ricardo “Los Códigos”.

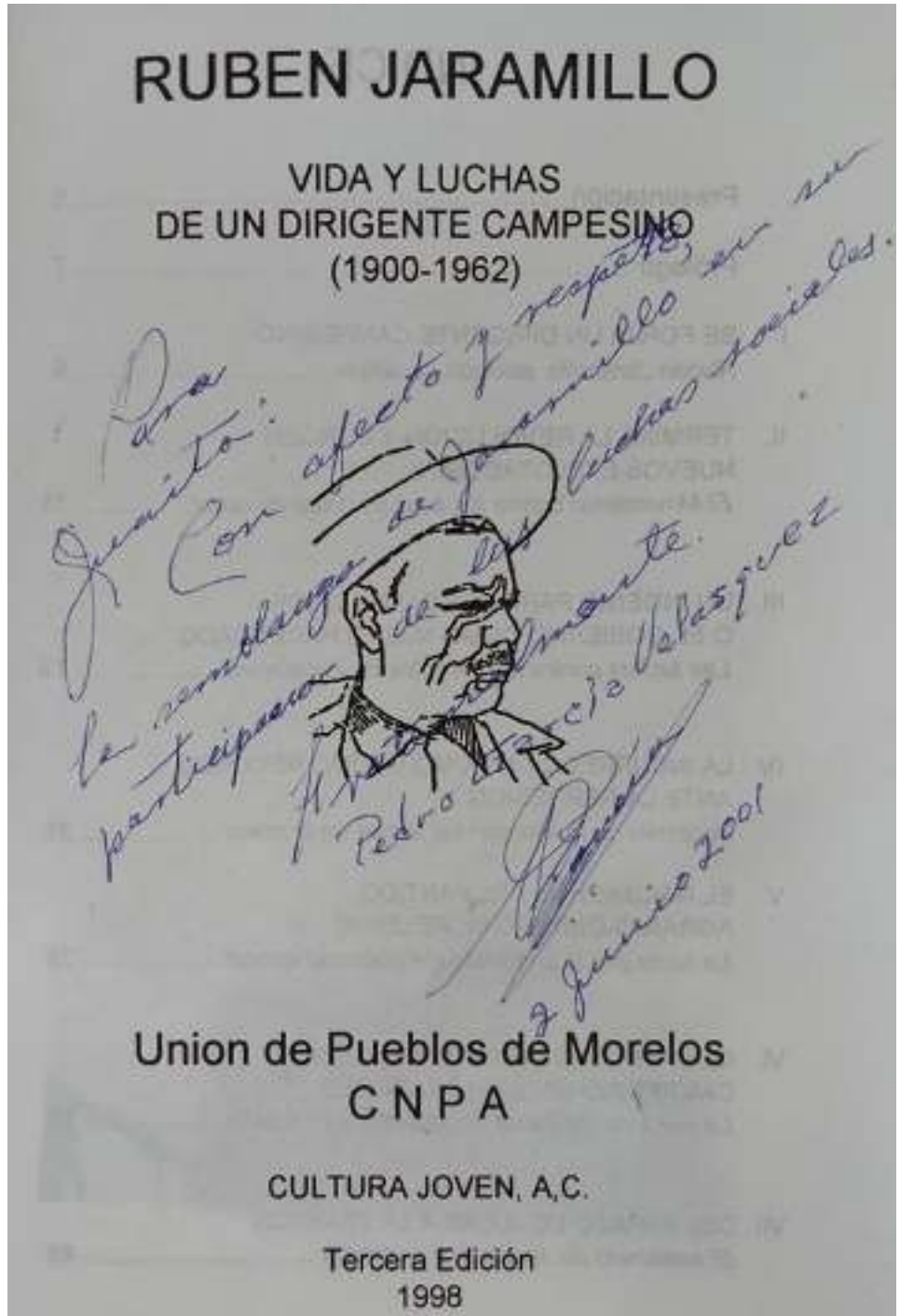
Celedonio y Ricardo tuvieron cuatro hermanas: Florinda, Faustina, Luisa y Salustia, la que se metió a un convento de monjas.

Los dos “Códigos” sucumbieron a balazos. Celedonio cayó a la entrada de Tlatenchi, venadeado por unos agazapados detrás de un árbol frondoso y de tronco grueso. Ricardo fue ultimado mientras lavaba su camioneta, afuera de su casa, cerca de la iglesia de Nexpa. Celedonio fue victimado en venganza porque el 15 de mayo de 1946 asesinó a José Velázquez y el 10 de abril de 1947 mató a Alejandro Velázquez. A Ricardo no lo ajustició un jaramillista sino un matón pagado por un rival político del PRI, su partido. Días antes de que lo mataran se supo que el gobernador López de Nava lo había mandado llamar para indicarle que él sería el candidato a presidente municipal de Jojutla, que se preparara. Lo primero que Ricardo hizo fue ir a cobrar una fuerte suma prestada a otro político. Hubo personas que vieron al deudor atisbando el momento en que Ricardo fue

balaceado afuera de la terminal de autobuses Estrella Roja para luego caer abatido unos metros más adelante, a la puerta de Telégrafos. Misteriosamente el deudor desapareció del pueblo por un tiempo y jamás saldó la deuda a la viuda.

“Muchos años después, exactamente el 2 de junio de 2001 acompañé a mi mamá a visitar al tío

Pedro. En esa ocasión le regaló un librito sobre la vida de Rubén Jaramillo y se lo dedicó. Años antes, el 16 de mayo de 1952 le había dedicado la foto donde aparece entre Cuauhtémoc y Lázaro Cárdenas. Esa foto fue tomada en el kilómetro 97 de la carretera México Acapulco, el 16 de mayo de 1952.





# OTRO CELEDONIO EN LA VIDA DE JUANA GARCÍA ROSAS

Julián Vences

La C. P. Martha Ruíz García nos hace una segunda revelación:

“Lo que son las cosas, en la vida de mi madre Juana García Rosas hubo otro Celedonio y éste, aunque nada tenía de leguleyo, fue presidente municipal de Jojutla en el período 1950–1952: Celedonio Ruiz Romero, mi padre.

“En ese entonces el gobernador – me relató mi padre– al ver que dos señores que se disputaban la candidatura a presidente municipal no se ponían de acuerdo, me mandó llamar y me dijo: “En vistas de que esos dos no se aplacan, serás tú el candidato”.

“El cargo duraba dos años y era honorífico, es decir, sin sueldo. “Este Celedonio era hijo de Josefina Romero Morán y de Simón Ruiz Marmolejo “El Mojarrero” a quien el general Emiliano Zapata buscaba para que le guisara las mojarras de manera tan especial como solo él sabía hacerlo.

“Cuando asesinan al general Emiliano Zapata mis abuelos se van para Veracruz. Celedonio, mi padre, había nacido en 1912, tenía escasos ocho años cuando se instalaron en el Puerto de Alvarado. Al poco tiempo mis abuelos enfermaron de paludismo. Los encamaron en el hospital pero no les daban alimentos. Mi padre, que cargaba canastas en el mercado y hacía mandados en los negocios, pedía que de preferencia le pagaran con comida y así fue como alimentó a mis abuelos e impidió que murieran de inanición.



Don Ignacio Plascencia le toma protesta a Celedonio Ruíz García. Entre quienes atestiguan se encuentra el lic. Nereo Altamirano

“Mi padre era muy valiente y en su desempeño como presidente afrontó emociones fuertes que quizá le desencadenaron la diabetes. Por ejemplo, le tocó lidiar con Mario Olea Martíni, el jefe de la policía. Un día, un anciano celador de la cárcel le contó a mi papá que a dos jóvenes presos acusados de abigeato de un momento a otro Mario Olea les aplicaría la “Ley Fuga”.

El celador le confió a mi padre que los chicos lloraban y juraban inocencia, que venían caminando de Guerrero en busca de trabajo y en el monte se toparon con unos policías (gente de Mario Olea) que habían matado una res y a ellos los obligaron a destazarla, que en eso apareció el dueño del animal. Mi padre se sintió entre la espada y la pared porque con Mario Olea tenía

buna relación y no quería, por ningún motivo, echárselo de enemigo. Como pudo, se apresuró a liberar a los jóvenes y les dio dinero para que se fueran lejos.

“En otra ocasión, me platicó, que llegó a verlo un matrimonio de Guadalajara, gente acomodada, traían buen carro. Venían buscando a su joven hija raptada por una peligrosa banda de tratantes de blancas. Sabían que su hija se encontraba en un burdel de la zona roja de la calle Leyva. Mi papá ofreció ayudarles con la condición de que al tener a su hija se fueran inmediatamente. Una noche, con las señas que le habían dado, mi papá se presentó al lugar y dijo estar interesado en contratar los servicios de la jovencita, ya en el cuarto, mi papá le explicó al joven que sus padres la esperaban en tal lugar y que un taxi la llevaría.





# TRAS EL SUEÑO AMERICANO

Francisco Wences

Hubo temporadas en que iba a Estados Unidos y regresaba a mi querido Jojutla; cada que jalaba “pa’l norte” cantaba “Adiós muchachos compañeros de mi vida”... la vieja canción (Despedida) popularizada por el borinqueño Daniel Santos y que me aprendí desde muy joven. La primera vez (1968), Martha, la hermana mayor, nos pasó a Julián, Miguel y a mí; íbamos de paseo y

a visitar nuestros padres que ya tenían tiempo trabajando en este país; también pasó a las primas Elba y Cecilia. En 1973, por órdenes paternas, después de terminar la Preparatoria, Martha me volvió a llevar, ya no en son de paseo, sino castigado porque mi afición por el alcohol y las parrandas generaba dolores de cabeza a toda la familia. El correctivo en nada ayudó.

Empeoró el viacrucis propio y el de mi familia.

En 1976, por tercera ocasión, Miguel y yo nos aventuramos en el intento de alcanzar El Sueño Americano. Esa fue la primera vez que escuché: “The land of the free, and the home of the brave” (La tierra de los libres y el hogar de los valientes) la tan popular frase entre millones de inmigrantes.

Yo no podía entender eso del El Sueño Americano porque no tenía sueños ni ilusiones, mi vida estaba hueca, vacía. A mis 20 años de edad caminaba sin rumbo. La terrible pesadilla de la incertidumbre continuaría once años más. Incluyendo el fracaso de mi primer matrimonio. Tuve varios intentos por encontrar acomodo en esta vida hasta que, por fortuna, un 17 de diciembre de 1984 dejé de ingerir alcohol. Mientras tanto, las idas a Estados Unidos y regresos a mi nunca olvidado Jojutla se repetían.

Sin derrotarme, continuaba mi búsqueda, tratando de que aquellas pesadillas no resucitaran. Y en automático volvía a entonar la letra aquella canción: “Voy a pelear en otras tierras... a salvar mi derecho, mi patria, mi fe”. Cada vez que venía a este país, lo hacía dispuesto a luchar, mantener, defender, a dar lo mejor de mí, en beneficio de la familia que ya había formado.

En septiembre de 1992 Chuy y yo emprendimos la aventura hacia los “unaites” convencidos de que era lo mejor que podíamos hacer por nuestros hijos. Han pasado 28 años. Creemos no habernos equivocado.



La familia Wences: Chuy, Paco, Jesús, Esteban y Rufo



# FORTUNATO MORALES FRANCISCO \*EL TELEGRAFISTA "MORALITOS"

Julián Vences



Los novios con sus padrinos de velación: Manuel Betanzos y Margarita Rodríguez. Los niños que alzaron la cola son Teresa y Salvador (hijos de Humbertina y Salvador). Atrás del señor Betanzos están Humbertina y Jesús Arellano (el de Telas Arellano). Atrás de la novia está Fidelia Portillo.

Por la discapacidad con que nació (21 de octubre de 1914 en Chilpancingo, Guerrero) su futuro estaría teñido de dificultades. Arropado por el incondicional amor maternal, enfrentó y venció innumerables obstáculos, prejuicios y discriminaciones. Con grandes sacrificios concluyó la primaria a la edad de 23 años.

Se dice que la discapacidad de un órgano tiende a agudizar otro, por ejemplo, que la ceguera agudiza el oído o vuelve el tacto más sensible. La discapacidad de Fortunato fue

compensada con un carácter jocosso, amigable y amoroso.

Finalizaba la década de 1940 cuando llegó a Jojutla porque le habían dicho que solicitaban personal en la oficina de Telégrafos, ubicada en la calle Rivapalacio 104, casa del jefe de esa dependencia: Salvador Portillo Olayo a quien le cayó bien y de inmediato lo contrató, porque Fortunato rezumaba ansias de trabajar. Pronto, por su forma de ser, se ganó el cariñoso mote de "Moralitos".

En la esquina de Cuauhtémoc y Morelos rentó una vivienda a doña

Lupe La Chala, mamá de La Chata, esposa de Raymundo Ortega de quienes se hizo amigos. Por ese tiempo a casa de Salvador Portillo, casado con Humbertina Arellano, llegó a vivir procedente de Acapulco la joven María Luisa Delgado Espinosa. La mamá de María Luisa, tía de Humbertina, sacó del puerto a su hija para alejarla de un novio de no agradable reputación.

En 1960 Salvador y Humbertina convencieron a la mamá de María Luisa de que su hija quedaría en buenas manos al casarse con "Moralitos",



En Acapulco con Guadalupe, la primogénita. Los acompaña Alicia Rodríguez prima hermana de María Luisa

porque a pesar de que le doblaba la edad (él tenía 46 años y ella 23), era muy trabajador con solo un vicio: jugar dominó, además de echarse las tres de regla. Sus padrinos de velación fueron Manuel Betanzos Legaspi y Margarita Rodríguez.

En un lapso de cinco años nacieron Guadalupe, César y Elsa.

El 1 de julio de 1965 "Moralitos" es nombrado Jefe de Telégrafos en Yautepec, a donde se trasladan con sus tres hijos. Allá nacería Rosalba. Para ese entonces "Moralitos" ya era dueño de la propiedad contigua a la cervecería "Corona", donde hoy es Plaza Yuliana.

Llevaban poco más de 2 años en Yautepec cuando el médico le dice que su corazón está demasiado crecido y le queda poco tiempo de vida. "Mujer, prepara las maletas y arregla a los niños, porque nos vamos a Chilpancingo" le dijo a su esposa, ocultando lo de su mortal enfermedad. Decidió ir a morir a casa de sus padres y a estos les endosó el

seguro de vida pensando que ellos mantendrían a su familia que allá se quedaría. También compró bastante ropa y zapatos e incluso los juguetes de Reyes Magos. Las personas más cercanas a "Moralitos" vieron lo mucho que le acongojaba el saber que pronto moriría, que sufría por dejar cuatro hijos desamparados a los que mucho amaba. Murió en diciembre de 1968 a la

edad de 54 años.

María Luisa enviudó a los treinta años y no se volvió a casar. La pensión por viudez fue insuficiente. Sacó adelante a los hijos vendiendo Toperwer, luego Avón y después comida a los albañiles que construyeron la Plaza Yuliana. Guadalupe estudió para secretaria, César es ingeniero químico petrolero, Elsa y Rosalba maestras.



María Luisa con tres de sus hijos: César, Elsa y Rosalba.

# EN RECUERDO DE MANUEL GUTIÉRREZ OROPEZA

Julián Vences

“Tu preciosa bebida me gusta para nuera”, dijo Ofelia Oropeza Medina a Carmen Espín cuando le mostraba ropa deshilada. El niño de Ofelia había nacido el 14 de mayo de 1950 en Teocaltiche, Jalisco y se llamaba Manuel Gutiérrez Oropeza, y, por cosas del destino, llegaría huérfano a Jojutla a la edad de cinco años, para ser criado por tres madres adoptivas: su abuela Librada Hernández y sus tías Patrocinio y Herminia.

La rueda del destino hizo que Manuel y Carmelita Bahena Espín, como se llamaba la bebida, se encontraran en el Jardín de Niños Leona Vicario y siguieran juntos hasta el tercero de primaria en el Colegio Morelos.

Manuel creció en un cálido ambiente donde con frecuencia se cantaba y disfrutaba de la buena música y la bohemia. “Nunca te atrevas a entonar públicamente una canción sin mencionar al compositor” le dijo su padre.

A Carmelita, por sacar diez de calificación en sexto de primaria, le tocó ir a saludar al presidente Adolfo López Mateos y a la primera dama Eva Sámano y disfrutar un desayuno de huevos revueltos con jamón gordo delicioso.

Manuel y Carmelita se volvieron a encontrar en tercero de secundaria. “Yo iba en la mañana en el grupo B y él en la tarde en el grupo F y él, respaldado por el maestro Eudoxio Mora, nos invitó a participar en el periódico estudiantil “JUVENTUD”. El periódico murió a los tres números, corta vida, sí, pero la suficiente para engendrar un largo noviazgo de la pareja cuyas madres habían comprometido. En la preparatoria cursaron juntos el primer año, en el segundo él escogió Humanidades y ella Físico Matemáticos.

“Manuel leía bastante literatura, era buen estudiante, amigo de todo mundo, relajiento, atrevido; se sabía infinidad de canciones y quién y cómo las había compuesto. Una tarde, cuando reinaba el silencio en la prepa porque todo mundo estaba en clase, él, desde el pasillo del piso superior con su potente voz, imitando al cantante Raphael, anunció: Para todos ustedes, de mi tocayo Manuel Alejandro, “Yo soy aquél”. Maestros y alumnos suspendimos la clase y le aplaudimos”, recuerda Carmelita.

La pareja, encarrerada, siguió destacando. Carmelita estudió Química en la Universidad Autónoma de Morelos y fue la primera mujer en titularse con Mención Honorífica.

Manuel entró a Periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México. Empezó a trabajar desde que era estudiante. Nada fácil le resultó conseguir su primer empleo periodístico importante: Varias veces le pidió una oportunidad a Gustavo Sainz, el célebre autor



de la novela “Gazapo” quien dirigía la revista cultural “Siete” de la Secretaría de Educación Pública. Gustavo le dijo que no tenía lugar, que carecía de presupuesto, pero Manuel, terco, insistía; hasta que un día, Sainz como queriendo sacudírselo, lo condicionó: “Entrevista a Juan Rulfo, a Carlos Fuentes y a Rosario Castellanos”. Entrevistar a Juan Rulfo resultaba imposible, él no daba entrevistas, vivía en aislamiento total su época más oscura. Manuel, grabadora en mano, persiguió varias veces a Rulfo y fue arrancándole palabras y con retazos logró armar la entrevista. Carlos Fuentes fue accesible. A Rosario Castellanos que estaba en Israel de embajadora, le envió por correo el cuestionario que la señora amablemente contestó. Con el tiempo Manuel llegó a ser jefe de redacción de la revista, en sustitución de la escritora Ángeles Mastretta.

Manuel y Carmelita se casaron el 22 de diciembre de 1973 a las 7 de la noche en la Iglesia San Miguel Arcángel, veinte años después de que doña Ofelia expresara su deseo: “Tu preciosa bebida me gusta para nuera”.

Les esperaban treinta años de vida intensa, ella analizando productos de importación y exportación en la Secretaría de Hacienda y él, en periódicos (El Nacional, Novedades, Esto, El Financiero) revistas (Mira, Milenio), estaciones de radio (XEB, Radio Educación, Radio Fórmula, Radio 6-20), televisión (Canal 11 y TV Mexiquense) e impartiendo clases en universidades (UNAM, FES Acatlán, ITESM, Carlos Septién).

Entre los reconocimientos que Manuel obtuvo destacan: el Premio Nacional de Periodismo Rosario Castellanos, otorgado por el Club de Periodistas de México y el Premio Nacional de Periodismo Cultural “El Gallo Pitagórico” en crónica radiofónica por su cobertura del Festival Internacional Cervantino.

Manuel murió por una tromboembolia pulmonar el 16 de agosto del 2005, a los 55 años. Doce años después sus cenizas reposan junto a las de su tía madre La Negra Patrocinio, fallecida en el sismo del 2017.

